

II CONCURSO LITERARIO DE NARRATIVA.

EL VIAJE - PIGMEOS

Mi nombre es Angel Sánchez pero ellos me llaman Tepulele. Ellos son pigmeos bambutis, y yo soy enano. Pero uno bien cierto, uno como aquellos de los circos o de las plazas de toros, no uno figurado o poético o metafórico. No; uno de estos tan dados para la gracia y la sorna, una persona de tamaño reducido, en miniatura, propicio para la guasa, para no tomar nunca en serio, o quizá - como mucho- para dar lástima, un hombre exiguo; alguien menguado, ínfimo y, por encima de todo, como digo, herido, sanguinolento y excoriado.

Dejé mi casa porque de nada me valía, ni de cobijo ni de posada ni de esperanza; porque me dolía más que reconfortaba. Entonces, dañado, agusanado y carcomido, vine a la selva de Ituri en Zaire para así reencontrarme con la estatura humana, con los pigmeos, los seres más libres del mundo, los que no trabajan ni falta que les hace -pues a sus cacerías, que son también las mías, ya sus recolecciones, se les hace un flaco favor denominándolas trabajo-; los que moran en la tenue niebla que todavía es ajena, en este último cuarto de hora de su historia, el último cuarto de hora pigmeo, mientras siguen bailando sus danzas alegres y joviales -pues ellos son, y no otros, los que más aman la vida y la música-, los que fuman pipas de banji (marihuana), los que ya sabían de nuestro parentesco con los monos hace cuarenta y ocho siglos. Es aquí donde habito, donde transcurro; aceptado pero todavía conservando mi pasado remoto, que sé indeleble, pues muchas, sino todas, son las noches en las que me despierto en mi mongulu -en una de estas cabañas nuestras de hojas que son como un iglú vegetal, y que en tan sólo media hora se arman y desarman; aunque aquí por no haber horas no las hay ni demediadas- y me pienso todavía en mi habitación en España, con mi lecho cómodo pero inhabitable; y en mis sueños aparecen las gentes y las reminiscencias de antaño, pero con ese inquietante aspecto que tienen las personas en los acontecimientos oníricos, pues en un solo rostro pueden ocultarse un sinfín de amores o infinidad de veladas evocaciones. Entonces me doy cuenta de que soy Tepulele y no Angel Sánchez, que el cuerpo cálido y hermoso que dormita a mi lado es el de Matatu, mi amor pigmeo y liliputiense; toda ella henchida de bonguisu (la fuerza vital).

Nos casamos por amor, que nadie se piense, y a cambio de una flecha que regalé a su padre pude gozar prematrimonialmente de los dulces encantos de Matatu, y ella de los míos, si es que alguno tengo. Por aquella época Matatu tenía dieciséis años y medía un metro y veinte centímetros. Ahora tiene dieciocho años, un hijo y sigue midiendo lo mismo.

Fue ella, con su palabra paciente y tierna, la que me enseñó quiénes eran Pilipili y Mubele, los dioses más adecuados que yo haya visto, dioses que apenas exigen y que dan mucho a cambio, y me explicó por qué el leopardo y el chimpancé son tabú y no se deben matar y no se pueden comer. Me dijo Matatu que eran ellos, los pigmeos, los seres humanos, los que habían inventado el fuego, la astucia y el vestido -este sucinto atavío que pasaría por taparrabos, pero que ya es indumento, y que ya los diferencia y aleja de las

bestias, y, ¿para qué más?-. Entre beso y beso, en aquel interregno después de cada caricia, sobre el colchón de hojas, fue como me desveló y convenció de que las orugas, las larvas, los gusanos y las termitas con plátano son una delicia.

Un día me alejé solo en la selva. Fui siguiendo un sendero desusado que quizá no fuese ni siquiera camino y sólo existiese en mi imaginación, hasta que me vi envuelto por la reverdecida espesura, lejos del poblado baputepe (que es como se llama nuestro grupo). y pensé, revestido por aquel frondoso manto, que si se seguía andando y andando, sin mirar atrás ni un instante, como había hecho en mi primera travesía, llegaría hasta España. y todos los lastres de los que traté de desprenderme en aquello que no fue huida, sino liberación, como no es huida investida de cobardía la rotura del eslabón que nos une ala cadena, aunque muchos digan y piensen que en toda marcha hay una ruin escapada, porque yo digo y pienso que en quedarse y permanecer hay tanta o más carencia de valor y denuedo, pues persistir es siempre soportar y no siempre arrostrar, entonces, todas las plúmbeas alforjas, como digo, regresaron a mi selvática soledad desde lontananza. Y me vi en una encrucijada: aun lado estaban los buenos negrillos y Matatu y mi hijo entre ellos, y al otro todos aquellos intentos frustrados por creer que yo tenía la estatura humana cuando el resto opinaba lo contrario. Y me vino al pensamiento, procedente de un recuerdo a flor de agua, casi escondido bajo las olas, pero, por ello, casi emergente, un amor al que aspiré, un amor alto y esbelto del que en un descuido, sin apenas pretenderlo, sin deseirlo especialmente, como sobrevienen a veces las cosas, como si fuese una voluntad que agazapada residía en mí, y me enamoré de aquel cuerpo largo y extenso únicamente para pagar luego un alto precio: el desasosiego; porque es, sobre todo, en el amor, donde están trazadas las leyes con tiralíneas.

Entonces se movieron unas hojas y yo alcé el arco con una flecha envenenada -mis temores y fracasos hallaban en la selva ignota su adecuado destino- (era dicho veneno, compuesto por doce ingredientes secretos, uno de los motivos por los cuales los bantúes vecinos respetan a los pigmeos), y vi aparecer el semblante resplandeciente de Tutele, el pigmeo de ciento sesenta y cinco centímetros de altura y que más que pigmeo era, por ello, pigmoide. Me quedé mirándolo extrañado, como siempre me sucedía al otearlo entre la negrilla algarabía. Bajé el arco y, juntos, contándonos chistes y gracias, regresamos al poblado baputepe. Tutele, sin saber muy bien por qué, siempre terminaba reconciliándose con el mananti (poblado), con el bonguisu y con lo que hiciera falta.

-Yo soy un auténtico pigmeo bambuti, un verdadero baputepe -me explicó en una ocasión Tutele, cuando su presencia entre los que medíamos menos de ciento cincuenta centímetros me causaba tanta extrañeza (quizá algo menor que ahora; fue al poco de conocerlo)-. Soy el primero en fumar banji y el primero en bailar. Soy baputepe.

Y yo pensé entonces en la mezcla de sangre pigmea y bantú. Pero él, como si escuchara mi voz callada e íntima, añadió entonces, desvelando así su misterio:

-Mis padres murieron cuando yo era pequeño, muy pequeño, ya mí me llevaron a la misión de Lolwa. Pero mi padre, mi madre y mis abuelos -dijo él con orgullo, para que no quedase lugar para 1a duda-, todos en mi clan fueron siempre muy bajitos, fueron pigmeos...

Él parecía encontrarse incómodo con su elevada estatura, entre otras cosas porque tenía que entrar en el mongulu doblándose. Y me hizo pensar en aquello que los occidentales llamamos genética; y en cómo algunos, quizá por alguna moda del pensamiento, como tantas han habido, hay y habrán, o tal vez por alguna causa más flagrante, insisten en decir que ella, esa diosa que adoran, nos gobierna. Pues bien, yo, a éstos, les digo que el ser humano no es nada sino huerto y que esa diosa que ellos llaman genética no es más que el medio, el ambiente, la tierra, el suelo, influyéndonos a través de eones, condicionándonos Como lo hace el abrazo insustituible de la madre, no más, pero tampoco menos. Lo humano es una sustancia viscosa de una enorme plasticidad; más de lo que algunos se piensan.

Por todas estas razones Tutele imponía con su palabra o con su presencia tanta calma en mi espíritu. Porque nadie mejor que él desvelaba, sin hacerlo explícitamente, cuál era la rigurosa estatura humana.

Entonces, después de todas esas cosas sucedieran, Como espectros de un mundo muerto, llegaron un día al poblado unoS hombres altos y blancos que hablaban castellano, lengua que ya sonó extraña en mis oídos; y no tardé en enterarme, porque Matatu me lo dijo, que me andaban buscando; a mí, a ése, a Angel sánchez, no a Tepulele. Los contemplé desde la distancia, escondido en la verde espesura. Eran tres, uno corpulento y barbado, otro más joven y magro y una mujer hermosa y de larga cabellera castaña y lacia. Iban vestidos : Como la hacen loS occidentales que vienen a África, cubiertos de copiosos bolsillos, ataviados de exploradores, quizá un tanto ridículos comparados con los buenos y sucintos indumentos pigmeos. Me intrigó su pesquisa, el móvil de su búsqueda, que no llegué a conocer hasta que ellos mismos, sobre todo el de barba azabache, que parecía ser el jefe, y de tal modo soberbio actuaba, me comunicó cuando harto de acechanzas me presente ante ellos.

-Venimos por encargo de tu madre y de tu hermano Ricardo Sánchez, somos del programa de televisión... Bueno, no creo que lo conozcas, aquí no debes ver mucho la tele, ¿no es así?

Leí en sus brillantes miradas una palabra que ya me era extraña por desacostumbrada y de la que quise olvidarme en mi partida: enano.

Lo evidente era que estuviese Ricardo metido hasta el cuello en tan indeseable visita; seguramente ya le habían adelantado un tanto. Sí, sin duda era llamativo el titular rutilante: "El enano español que se fue a vivir con los pigmeos".

-¿Qué quieren? -Les pregunté pronunciando su lengua, pues ya no la sentí ni íntima ni entrañable.

-Nos ha costado Dios y ayuda dar contigo... -dijo el barbado-. Me llamo Alejandro Marconi, y si quieres puedes ganar mucho dinero, más de lo que piensas.

-¿Para qué puedo querer yo el dinero? Los billetes no sirven ni para hacer un mongulu, aunque algunas monedas pueden ser bonitas como adorno para las danzas -dije, refractario, despreciándolos profundamente en mi interior.

-¿Qué es un monguli? -Preguntó la mujer.

-Una cabaña -contesté.

Ella sonrió divertida, el joven enjuto se unió a ella en el ridículo gesto.

-Bueno, yo supongo -arguyó el llamado Alejandro- que si te ofrecemos una bonita suma, querrás volver a España.

-Yo soy un auténtico baputepe -dije, implacable.

-¿Un qué? -Inquirió.

-Nada, no importa... -añadí, ya desalentado.

Les dije que no, que en nada me interesaba su oferta, que deseaba pasar la última hora pigmea en la selva; y ellos embozaron sus rostros por esas mímicas azoradas que yo tan bien conocía, diciendo silentes que yo era un mentecato (pues es un mentecato -si no algo más grave y hondo- el que desprecia el dinero ante los ojos de los que lo aman con fervor). Cuánta befa mal disimulada se derramó de sus semblantes, casi pusieron perdida la selva con ella.

-Ten... -me dio un papel con un teléfono; qué inculto y zafio puede llegar a ser un hombre cuando por sabio se tiene; en la selva no hay teléfonos-. Si cambias de opinión estaremos unos días en Lolwa, rodando algo, ya sabes, hay aquí paisajes muy bonitos, y así, al menos, no desaprovecharemos el viaje. Y si dentro de un mes es cuando te aclaras -porque era yo el que estaba confuso, por supuesto, eso escapaba por completo a sus meditaciones y dudas-, coges y nos llamas a ese teléfono, ¿vale?

-No creo que lo haga... aduje.

Me cansaba su suficiencia, no podía evitarlo.

-No importa, por si acaso...

-Díganle a mi madre que llevo una buena vida, que soy feliz y que tengo esposa e hijo, que aquí no me falta de nada; a ella le gustará saber eso. ¿Harán ustedes el favor?

Y se fueron, asintiendo levemente y, tras sus zafias máscaras, riendo.

Tuve miedo de que regresaran, de que se les ocurriera filmar el poblado -y a mí en él- sin permiso, de que mostraran las dinerosas imágenes por toda España del enano que ha escuchado la llamada de la Naturaleza y se ha marchado con los de su talla.

En la cabaña, solo, acurrucado y con los brazos envolviendo mi cabeza pequeña, pero cabeza al fin y al cabo, como tratando de esconderme de cuanto me rodeaba, lloré largo rato. Luego, cuando el sollozo fue atenuándose, pues con él se evaporó cierta rabia e inquietud que me había agitado, me encontré reconfortado y fresco, renovado. Poco a poco fui asomando mi hocico por la puerta del mongulu; el bonguisu me inundó paulatinamente hasta que me recobré a mí mismo, y Tepulele volvió a rezumar en mi espíritu.

Afuera Matatu sonreía mientras preparaba para mí una pipa de banji, pues sabía de mis cuitas y agravios; unos hombres se afanaban haciendo sillas con cuerdas de bejuco y con cuatro palos para asar después, cómodamente sentados, un mono a la brasa; Tutele, el alto, se quejaba de que su mujer tenía la regla y de que él no podía salir de caza así. Luego habrían bailes y danzas. Qué más podía pedir quien caminase trashumante en busca de la estatura humana; qué más.

Soy Tepulele... -musité, casi sin soltar aliento-, un pigmeo bambuti del grupo baputepe. Tepulele, sí, ése soy yo.

Marcelino Rutea López

El Desafecto Recalcitrante